

Richard L. Kirkham, *Theories of Truth. A Critical Introduction*, Cambridge, Massachusetts, The MIT Press, 1992, xi + 401 pp.

La primera afirmación de Kirkham, en el prefacio de *Theories of Truth*, asegura que ésta es la única obra dedicada exclusivamente a presentar una introducción al estudio de teorías de la verdad. En realidad, habría que recordar que sí hay una introducción similar en L. B. Puntel, *Wahrheitstheorien in der neueren Philosophie*, Darmstadt, 1978 (aunque, por cierto, sin traducción al inglés). Como sea, el libro, dirigido principalmente a estudiantes avanzados, tiene varias virtudes muy notables: es extremadamente claro, discrimina problemas que en la bibliografía aparecen confundidos, y aborda una amplia variedad de teorías de diverso grado de complejidad, presentándolas a todas de un modo accesible para un lector sin conocimiento previo del tema. (Sí presupone, para la comprensión de algunos capítulos, conocimientos básicos de lógica y semántica formal.)

Kirkham distingue tres proyectos diferentes que un filósofo puede

tener en mente a la hora de construir una teoría de la verdad: 1) el *proyecto metafísico* se ocupa de dar condiciones necesarias y suficientes para determinar en qué consiste la verdad de una afirmación; 2) el *proyecto de la justificación* (*the justification project*) trata de identificar características en base a las cuales pueda juzgarse la probable verdad o falsedad de una afirmación; y 3) el *proyecto de los actos de habla* (*speech-act project*) trata de describir los propósitos locucionarios o ilocucionarios que cumplen los enunciados que en su gramática superficial parecen adscribir verdad a alguna afirmación. Lamentablemente, rara vez sucede que un autor sea consciente o haga explícito el proyecto en el que se enrola. Una consecuencia de ello, aclara Kirkham, es que en la bibliografía suelen encontrarse críticas desafortunadas, en las cuales se evalúa equivocadamente una posición según los estándares de otra.

En (1) quedan encuadradas diversas teorías correspondentistas de la verdad (Russell, Austin), teorías semánticas como la de Tarski o Kripke, y teorías como las de Peirce, James y Blanshard. En (3) encontraríamos a Peter Strawson y su teoría performativa de la verdad, Huw Price, y también autores defensores de diferentes tipos de teorías “deflacionistas”. La teoría “minimal” de la verdad de Horwich es ubicada, pese a ciertas similitudes con este último grupo, en el proyecto (1). El proyecto (2), por su parte, no es en realidad un proyecto acerca de teorías de la *verdad*, pues en rigor no versa sobre “verdad” sino sobre “justificación”. Para Kirkham toda vez que un autor pretende definir a la verdad como justificación comete un grave error, pues tales intentos son circulares (“justificado” no es sino una abreviatura para “justificado como... [¿verdadero?], o ininteligibles, o descansan en la dudosa intuición de que poseemos un concepto primitivo e inanalizable de “justificación”. Pero a menudo lo que se quiere en realidad sostener cuando se habla de “verdad como justificación” es que a ambos proyectos (1) y (2) debe darse el mismo tipo de respuesta. Así, puede preferirse una teoría coherentista de la justificación y *a la vez* una teoría coherentista de la verdad. (Además, dirá Kirkham, toda teoría de la justificación resulta plausible relativamente a una teoría de la verdad del mismo nombre.) Otras veces lo que se intenta afirmar es que no hay programa filosófico para el cual la verdad desempeñe un papel relevante, o tal vez que la verdad no es un valor importante al que deban acceder nuestras teorías de la justificación.

Kirkham utiliza además la noción de “programas”, empresas más amplias que los “proyectos” y más inmediatamente relacionadas con los problemas e intereses humanos. Son ejemplos el “programa epistemológico” (se pregunta si nuestras creencias pueden ser justificadas y, en caso afirmativo, cómo), el “programa de la teoría de modelos” (se interesa en cómo los limitados rasgos gramaticales de un lenguaje formal afectan al significado —las condiciones de verdad— de oraciones), el “programa fiscalista” (interesado en reducir

todo concepto “intelectualmente respetable” a conceptos de la lógica, la matemática y la física) o el “programa de Davidson” (se interesa en el problema del significado —las condiciones de verdad— para un lenguaje *natural*). La viabilidad de un determinado proyecto debe evaluarse en función del marco más amplio de un programa en el cual tal proyecto se incluye.

Es a partir de todo el citado entramado de conceptos que Kirkham estructura su libro. Así, en el capítulo 1 esboza una caracterización de los tres principales proyectos y sus subdivisiones (en particular, distingue en el proyecto metafísico diferentes modos de dar cuenta de condiciones necesarias y suficientes, según se prefiera un análisis extensional, intensional o de necesidad natural), e introduce la noción de “programa”; estas ideas iniciales se irán completando y desarrollando a lo largo de toda la obra. En el cap. 2 describe el programa epistemológico y remarca algunas confusiones habituales entre la noción de “verdad” y la de “justificación”. Se ocupa también del problema de los “portadores de verdad”. Si bien Kirkham prefiere tomar a las “oraciones-caso” como portadores, opina que debe adoptarse una actitud tolerante; en última instancia, la corrección de una elección depende del tipo de proyecto —y tal vez de programa— que se tiene en mente. En el cap. 3 aborda la diferencia entre respuestas realistas (a) y no realistas (b) al proyecto metafísico. La respuesta (a) exige que el hecho expresado por una oración se dé en un mundo independiente de la mente; (b) no exige tal cosa. Este es uno de los pocos puntos en los que Kirkham no es tan claro como podría desearse; habría que advertir que según Kirkham (b) no es primordialmente una afirmación sobre ontología: pueden pensarse posibles combinaciones de ontologías realistas y teorías de la verdad no realistas (véase cap. 6, pp. 189-190; Kirkham emplea además una distinción entre realismo y “cuasirrealismo”, que no puedo comentar aquí por razones de espacio). Son ejemplos de teorías no realistas las de Peirce, James o Blanshard; para Kirkham ninguna de las tres es totalmente inteligible, y todas presentan dificultades específicas, aparentemente insolubles. Una breve acotación respecto de la crítica de Kirkham a Peirce: el “idealismo” de Peirce es, como mínimo, un idealismo *sui generis*. No debe olvidarse que cuando Peirce habla de ideas o creencias de una comunidad no se está refiriendo a entidades privadas, “internas” a ciertos sujetos, sino a entidades públicas, identificables a través de conjuntos de acciones observables; este matiz fuertemente conductista, que Kirkham no menciona en absoluto, necesariamente condiciona la interpretación de otras afirmaciones peirceanas más “idealistas”.

En el cap. 4 Kirkham se ocupa de las teorías de Russell y Austin, y luego trata de defender las teorías de la correspondencia frente a las objeciones más habituales. En los caps. 5 y 6 analiza la teoría semántica de Tarski y algunas de las críticas más importantes que se le han hecho. Son especial-

mente interesantes los comentarios que conciernen a la crítica de Harry Field; según Kirkham, Tarski no concibe el programa fisicalista del modo en que Field lo hace, y por otra parte, es discutible la importancia y viabilidad de la versión del fisicalismo que Field defiende. Es también sugerente la argumentación de Kirkham en contra de la idea de que Tarski habría pretendido hacer una teoría *ontológicamente* neutral. En el capítulo siguiente, muy breve, Kirkham recorre superficialmente diferentes respuestas al proyecto de la justificación (fundacionismo, instrumentalismo, coherentismo) con el objeto de mostrar que tales respuestas en general son evaluadas a la luz de decisiones tomadas en el proyecto metafísico. En el cap. 8 se ocupa del programa de Davidson y de las críticas de Dummett a la idea de que es posible capturar el significado de una expresión en términos de sus condiciones de verdad. En el cap. 9, el que presenta mayor complejidad técnica, introduce el problema de la paradoja del mentiroso. Al respecto, analiza críticamente la propuesta de discriminar niveles de lenguaje (Russell, Tarski), disponer de huecos de valores de verdad (Kripke), hacer uso de alguna lógica paraconsistente, o utilizar herramientas de la semántica situacional (la solución de Barwise y Etchemendy). Finalmente, en el décimo y último capítulo aborda el ya mencionado proyecto de los actos de habla (proyecto de los “actos ilocucionarios” —Strawson, Peirce— y las tesis deflacionarias —Ramsey, Williams, Grover y otros—). Examina también la tesis minimalista de Horwich, y considera que debe ser ubicada en el proyecto metafísico, aunque concede que no parece estar del todo bien equipada para responder a tal proyecto.

Quisiera recordar, por último, que en varias oportunidades se ocupa de la relación entre verdad y escepticismo (capítulos 2, 3, 7 y 8). Su idea, aunque discutible, es muy sugerente: uno de los principales móviles para admitir una teoría no realista de la verdad es la creencia en que una teoría de esta especie proporciona una respuesta al escéptico (“they define [truth] in such a way that it becomes easy to have beliefs justified as probably true”, p. 113). Pero esta estrategia según Kirkham no es sino un engaño intelectual; el problema no puede resolverse simulando que nuestros intereses son diferentes de lo que realmente son. La propuesta de Kirkham, apenas esbozada, consiste en aceptar que el escepticismo es irrefutable. Y confiar en que las implicaciones de dicha aceptación sean menos trágicas de lo que podría suponerse. (Eleonora Cresto)